

WARNING OF COPYRIGHT RESTRICTIONS¹

The copyright law of the United States (Title 17, U.S. Code) governs the making of photocopies or other reproductions of the copyright materials.

Under certain conditions specified in the law, library and archives are authorized to furnish a photocopy or reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or reproduction is not to be “used for any purpose other than in private study, scholarship, or research.” If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of “fair use,” that user may be liable for copyright infringement.

The Yale University Library reserves the right to refuse to accept a copying order, if, in its judgement fulfillment of the order would involve violation of copyright law.

¹37 C.F.R. §201.14 2018

MARTÍN DEL RÍO, S.J.

LA MAGIA DEMONÍACA

(libro II de las **Disquisiciones Mágicas**)

Introduce, traduce y anota Jesús Moya

Preámbulo de Julio Caro Baroja



Hiperión

	pág.
Preámbulo (J. Caro Baroja)	7
Introducción (J. Moya)	9
I. Vida de Martín del Río	9
1. Las Disquisiciones mágicas, 9.— 2. Martín Antonio. Familia y formación, 10.— 3. Empleos civiles y vocación de estudio, 13.— 4. Martín del Río, de la Compañía de Jesús, 17.— 5. El profesor universitario, 21.— 6. La etapa lovaniense, 22.— 7. Profesor en Graz, 24.— 8. Profesor en Salamanca, 27.— 9. El último viaje, 28.	
II. Obras de Martín del Río	30
1. Obras filológicas, 31.— 2. Obras jurídicas, 35.— 3. Obras históricas, 36.— 4. Obras escriturísticas, 37.— 5. Obras piadosas, 41.— 6. Obras polémicas, 41.— 7. Las Disquisiciones mágicas, 43.	
III. Las Disquisiciones	46
1. Estructura y contenido de las Disquisiciones mágicas, 46.— 2. Magia demoníaca, 47.— 3. Magia y brujería, 53.— 4. Magia natural, 57.— 5. Magia y herejía, 60.— 6. Inquisición y caza de brujas, 62.— 7. Brujería y Contrarreforma, 68.— 8. Valoración de las Disquisiciones mágicas, 76.— 9. Disquisiciones y cuestión morisca, 89.— 10. Esta traducción, 93.	
DISQUISICIONES MÁGICAS	95
Al lector	97
Prólogo. De la dificultad y la necesidad de tratar este tema	101

	página
Resumen general de la obra	118
Plan de la obra, 118.— Libro primero: Sobre la Magia, 119.— Libro II. Magia demoníaca, 122.— Libro III. Primera parte. El maleficio, 135.— Libro III. Segunda parte. Vana observancia, 140.— Libro IV. Adivinación, 112.— Libro V. Oficio de los jueces, 156.	
LA MAGIA DEMONÍACA	169
1. ¿Existe magia alguna demoníaca?	171
2. ¿De dónde proviene esta magia, o sea, quién la fundó?	173
3. Clasificación de la magia demoníaca, y libros que tratan de ella.	180
4. Fundamento de esta magia, o sea, el pacto expreso y el implícito.	184
5. Señales para distinguir los efectos del pacto mágico de los efectos físicos, milagrosos y artificiosos.	204
6. ¿Surte esta magia algunos efectos buenos, y en tal caso, cómo reconocerlos?	208
7. ¿Pueden los magos realizar auténticos milagros?	217
8. ¿De qué manera hacen los magos estas maravillas por medio del diablo?	222
9. ¿Qué efectos maravillosos atribuyeron los antiguos a los magos?	233
10. ¿Qué poder tienen los magos tocante al orden natural y a las leyes del universo?	248
11. ¿Qué poder tienen los magos sobre las órbitas celestes, los astros y los elementos?	260
12. ¿Qué poder tienen los magos respecto a los bienes exteriores, o de fortuna?	277
13. ¿Pueden los magos encantar a los brutos?	297
14. ¿Pueden (los magos) producir o engendrar con su arte efectos híbridos, sobre todo sensibles?	303
15. ¿Hubo jamás demonios íncubos y súcubas? ¿Es posible que de tal ayuntamiento nazca descendencia?	312
16. Asambleas nocturnas de las brujas. ¿Es verdad que éstas se trasladan de un lugar a otro?	328
17. ¿Puede el demonio cambiar la cantidad de los cuerpos, de modo que se produzca compenetración de partes? ¿O colocar un mismo cuerpo en dos lugares separados; o dos cuerpos en un mismo lugar compenetrándose?	355
18. ¿Pueden los magos transformar los cuerpos de una especie en otra?	360

	página
19. ¿Pueden los magos hacer hablar a los animales? ¿Y entender el habla de éstos?	369
20. ¿Puede el demonio otorgar a los brutos inteligencia discursiva?	376
21. ¿Pueden los demonios hacer que el hombre no sienta, permanezca larguísimo tiempo dormido o resista sin comer?	381
22. ¿Es posible, con artes de magia, mudar el sexo por obra de los demonios?	391
23. ¿Puede el demonio devolver la juventud al viejo?	399
24. Qué puede la magia, o el diablo, con respecto al alma unida al cuerpo y que lo informa.	406
25. Qué puede el diablo en cuanto a separar el alma del cuerpo, y a la separación en sí misma. Donde se trata del éxtasis y de casos maravillosos relativos a cadáveres	422
26. ¿Es posible que, por obra del demonio, las ánimas o espíritus de los difuntos se aparezcan a los vivos?	436
Sección I, 436.— Sección II, 441.— Sección III, 449.— Sección IV, 456.— Sección V, 463.— Sección VI, 503.— Sección VII, 510.	
27. De las apariciones de demonios, o sea de los espectros que los demonios no representan.	512
Sección I, 512.— Sección II, 521.	
28. ¿Cómo puede el demonio hacerse visible, si es incorpóreo?	568
Sección I, 568.— Sección II, 574.— Sección III, 581.— Sección última, 590.	
29. ¿Puede el diablo hacer que un hombre resucite de verdad?	592
Sección I, 608.— Sección II, 613.— Sección III, 618.	
Índice.	631

24. Qué puede la magia, o el diablo, con respecto al alma unida al cuerpo y que lo informa.

De las tres potencias del alma, por lo que toca a la vegetativa ya hemos tratado de ese poder, como también respecto a la sensitiva, por lo que toca a los sentidos externos; a saber:

1.º Puede engañar a la vista, el oído y los demás sentidos, como otros han demostrado con infinitos ejemplos¹.

2.º El demonio se vale del sentido interno como de instrumento para atentar o maquinarse contra las potencias del alma. Puede, en efecto, perturbando la fantasía, contrahacer la cuádruple función del sentido interno.

Es sentencia común de los teólogos que los ángeles no pueden modificar la imaginación o fantasía imprimiéndole alguna especie nueva. De ahí que no puedan hacer que un ciego de nacimiento imagine correctamente los colores de los objetos². Pero bien podrían los ángeles formar algún cuerpo fantástico, presentarlo a los ojos, y de ese modo sugerir una especie. O bien, entremezclando y confundiendo por la imaginación algunas de las especies reales que el sujeto ha visto objetivamente alguna vez, simular especies de cosas que jamás vio; por ejemplo, una quimera o montaje a base de cabra, león y dragón; o un monte de plata, combinando las especies de monte y de plata. Como también pueden provocar en el cuerpo movimientos y afectos, de suerte que a la fantasía se le ocurran cosas alegres o tristes que ni vio ni existieron jamás. O, como se observa en los dementes y los locos, que por su trastorno humoral se les aparecen diversas especies fantásticas, así mismo puede el demonio cambiando la proporción y agitando dichos humores, quitando o añadiendo vapores adecuados a sus propósitos, hacer que la persona repase las imaginaciones que él quiere, convencida de haber visto y oído lo que en realidad nunca percibió por los ojos ni por los oídos. De ahí tanta aparición, revelación y éxtasis falsos, como enseñan San Agustín, Victoria y José Anglés, y el padre Molina.³

¹ Guillermo de París, *De Universo*, p. última, c. 22; Anglés, *In Zum*, d. 8, c. 3; Remigio, *Demonol.* l. 3, c. 11.

² Sto. Tomás, I, cuest. 111, art. 3.

³ San Agustín, *De cura pro mortuis gerenda*, c. 12; Vitoria, *Relección de magia*, n. 35; Anglés, l. cit., cuest. 3, duda 5; Molina, sobre lo dicho, art. 3.

Este tipo de propiedades suelen tener las hierbas (si dicen verdad los botanógrafos). Por ejemplo, véase lo que escribe Mattiolo:⁴

«Aquemenidón. Planta de color de ámbar, sin hojas; nace en las Tardicyllis de la India, recuerda Demócrito. Su raíz reducida a pastillas y bebida disuelta en vino, por la noche tortura a los culpables con visiones numinosas que les obligan a confesarlo todo.

Adamántida. Críase en la Armenia capadocia. Aplicada a los leones, al punto les hace acostarse entre bostezos. Dicen que se llama así porque, a semejanza del diamante, no se deja triturar.

Ofiusa. Dicen también que nace en la Elefantina de Etiopía: planta descolorida y de aspecto horrible. Bebida hace ver serpientes divagantes y amenazadoras, tanto que su pavor lleve al suicidio. Por lo mismo, obligase a los sacerdotes a beberla. El vino de palma le es contrario.

Potámica. Cuentan que se halla en las riberas del Indo. Los que la beben padecen alucinaciones maravillosas que los desquician.

Solano mánico. Según Dioscórides, hace ver visiones e imágenes desagradables, si se bebe un dracma de su raíz disuelta en vino.

Theangélida. Nace en el Líbano de Siria. La gente la come para adivinar el futuro.

En la Bactriana y cerca del Poristenes se da una planta llamada gelotófila. Dicen que bebiéndola con vino y mirra produce visiones diversas, y una hilaridad que sólo cesa bebiendo vino de palma con unos cuantos piñones, más pimienta y miel.

Enoteta. Según Cratevas, doma la fiereza de cualesquiera animales, si se la ata al cuello o se cuelga del yugo.

Refiere Apiano Alejandrino que los partos derrotados por Antonio, atezados por el hambre, dieron sobre una hierba. Los que la comían, perdían la memoria y el entendimiento de todo lo que no fuese extraer piedras sin parar, como para alguna gran construcción. En este frenesí, al cabo morían vomitando la bilis.»

Todo esto, evidentemente, por algún trastorno de la fantasía.

3.º Puede el diablo, y lo hace cada día, agitar los espíritus y humores orgánicos, y turbar los órganos del sentido interno y de las facultades concupiscible e irascible, moviendo a la vez los miembros corporales, de todo lo cual nacen diversos pensamientos viciosos. Y no lo hace sugiriendo a la imaginación ninguna especie nueva, como tampoco construyendo junto con la sensación el mismo pensamiento, sino sólo (como he dicho), hace coincidir a la propia potencia con la especie del objeto, sugiriendo así apariencias evocadoras del placer, a la vez que excita los miembros de la generación y el semen, como enseña el mago aquel Marcos, según Pselo⁵.

⁴ Mattioli, o. cit., *Epistola nuncupatoria*.

Toda esta cita falta en la 1.ª edición.

⁵ De los demonios.

Pselo tiene un opúsculo de ese título, pero Del Río se refiere aquí a la obra conocida como *De operatione daemonum* (Operación —mejor energía o actividad— de los demonios; PG 122: 819-

Este apetito sensitivo carece de libertad, y una cierta coacción le empuja hacia su objeto. Así puede aquel viejo zorro llevarlo obligadamente a alguna mala acción, de suerte que el apetito sensitivo no tenga más remedio que apeteer tal objeto.

Con todo, esta tendencia está libre de pecado, y cuando la voluntad resiste con fuerza se nos ofrece ocasión de mayor mérito y premio. Tómese buena nota de ello, para que nadie se equivoque con Godelmano, Daneo y demás herejes, que tienen por pecaminosos esos movimientos de la concupiscencia, llegando al disparate de decir que el hombre peca sin querer y aunque se resista. Pero esos son los frutos de los errores de quienes niegan el libre albedrío y entienden mal la naturaleza del pecado original⁶.

4.º Puede el demonio ayudar a la memoria adaptando el órgano de ésta para que reciba las especies con mayor facilidad y las retenga mejor, bien sea apartando con movimiento local lo que estorba, o aplicando lo que aprovecha. También puede, por el método contrario, debilitarla mucho y suprimirla, como hizo Teodas en la vida de Barlaam y Josafat, según el Damasceno⁷. Supongo que así sería la memoria de Etalides, según el Laertio, y la de Apolonio de Tiana, celebrada por Suidas; y tal el olvido de cierto clérigo alemán, según Fulgoso⁸.

876). Es de notar que Pselo, siguiendo a muchos padres y filósofos orientales, se pronuncia por la corporeidad de los demonios y ángeles (cap. 7), aunque muy tenue y sutil. La introducción de Marcos, converso de la magia a monje, se hace en el cap. 9 —donde la edición de PG incluye una nota con alusión elogiosa a Martín del Río, col. 840—. La explicación del fenómeno fisiológico en cuestión la da el experto informante en el cap. 12 (cols. 845-850), y el propio Marcos saldrá al paso de los médicos que buscan explicaciones, si no más fisiológicas, al menos más espontáneas y connaturales (cap. 14, cols. 851-854). El anotador de esta obra de Pselo es el filólogo y poliglota francés Gilberto Gaulmin (1585-1665).

⁶ Godelmann, *De lamis*, c. últ., n.º 35; Daneo, *ética cristiana*, l. 2, c. 7; Lutero, Calvino, Músculo, Selnecker, sobre el Génesis, c. 4.

Este *Musculus* debe de ser Wolfgang Mosel, o Moesel (n. en 1497), comentarista del Génesis; mejor que Andrés Meusel (n. 1514), otro teólogo protestante.

Nicolás Selnecker (1530-1592), teólogo evangélico y uno de los biógrafos de Lutero, autor entre otras obras de un tratado sobre *El pecado original, y si es consustancial al hombre*.

⁷ Esta referencia falta en la 1.ª edición. En el capítulo 29 de esta leyenda o novela religiosa se introduce al mago Teudás en socorro de la falsa religión. Lo primero que hizo fue propinar al rey Abenner, padre de Joasaf (Josafat), un bebedizo que le hiciese olvidar todos los argumentos oídos en favor del cristianismo, pronunciados involuntariamente por el ermitaño Nacor, que había suplantado la personalidad del misionero cristiano Barlaam. El *Martirologio* de Sixto V (1585-1590), a 27 de noviembre, registra: «Los santos Barlaam y Josafat, de la India, cuya gesta admirable escribió San Juan Damasceno» La obra encabeza los *Addenda* a las obras de este autor (PG 96: 857-1250), y hay acuerdo en reconocer que incorpora elementos de la leyenda de Buda.

⁸ Diógenes Laercio, l. 8 (*Vida de Pitágoras*); Suidas; Fulgoso, *Ejemplos*, l. 1, c. 6.

Los dos párrafos que siguen faltan en la 1.ª edición.

Según Laercio (*Vidas de filósofos*, 8, 1, 4), Etalides, una de las vidas anteriores de Pitágoras, recibió de Hermes junto con la inmortalidad el don que pidió: una memoria fiel no sólo de aquella vida, sino para siempre. Gracias a eso, cuando fue Pitágoras pudo demostrar la transmisión de las almas, o al menos de la suya propia (cfr. Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 45).

Suda, s. v. *Apollónios Tyaneús*, dice que

[Muy diferente olvido fue el del inglés Simón Thurvayo, nacido de justo castigo de Dios. Era éste un dialéctico agudísimo, y afamado profesor de artes liberales en París. Más lleno de la ciencia que hincha que de la caridad que edifica, no tuvo reparo en ufanarse con osadía en las aulas y en público de saberse toda la ley de Cristo, y de poder refutarla y reducirla a la nada. En éstas, se vio aquejado de pérdida repentina de memoria: se le olvidaron hasta las primeras letras, que no sabía ni decir el padrenuestro ni leer el abecedario. Nicolas Dunelmense lo conoció de chico, aprendiendo las letras de su propio hijo. *El fue quien lo refirió* —dice Mateo de París— *al autor de estas líneas*. Esto era hacia 1201. Tritemio se equivoca al llamarle Simón de Tournay, pues fue inglés de Gales. También le menciona Polidoro. En este caso, posiblemente Dios indujo el olvido introduciéndole alguna cosa por medio de un ángel malo.⁹

También puede Panurgo, como decía, ayudar a la memoria con remedios naturales, como hace el médico, o apuntando, como el director de escena, o con artificio y reglas, como los que actualmente profesan cierta arte de la memoria, al margen de la superstición. Abundan sus manuales, entre ellos uno oscuro para los no preparados, aunque no falto de sal y agudeza: el *Thamus* de Alejandro Dicsón Arelio, a quien no con tanto ingenio defiende Heyo Escepsio contra las tarascadas de Cambridge. Lo editaron los de Leiden¹⁰.]

5.º Puede agudizar y mejorar el entendimiento en cuanto a las funciones del ingenio y el juicio, acomodando mejor el órgano, esto es, eliminando por movimiento local los humores más gruesos, o aplicando como medicamentos agentes naturales, o purgando los espíritus sensitivos y atrayéndolos por alguno de ambos modos a los órganos, o bien multiplicando esos mismo espíritus mediante depuración de la sangre. Pues cuanto más numerosos,

«la edad de cien años tenía una memoria más feliz que la de Simónides. Se ha conservado un himno suyo *A la Memoria*, que solía entonar, donde dice que el tiempo todo lo gasta, mientras que él mismo no conoce vejez ni mortalidad gracias a la memoria».

⁹ *Historia de Inglaterra*, l. 7.

El monje benedictino Mateo de París (1.ª mitad del s. xii) era en realidad inglés, y escribió de cosas de su tierra, como la *Historia maior*. Su correligionario Nicolás Dunelmense (de Durham) vivía h. 1170; Mateo le menciona en el reinado de Enrique II (1154-1189). Así pues, el «contigere haec circa annum 1201» ha de referirse a la fecha en que el monje Nicolás refirió el sucedido a Mateo, que se hizo monje en 1217.

La pérdida de facultades mentales se ha entendido a veces como castigo del orgullo intelectual, o bien como retorno a un estado inicial de cortas luces, como en las leyendas de Aristóteles y Alberto Magno.

¹⁰ La mnemotecnica, o arte de memoria, estuvo muy en boga en el Barroco y fue muy cultivada en la Compañía. Es significativo el título de esta obra de Dickson, o Dixon: es el nombre del faraón en el célebre mito platónico de Theut y Thamus, y los inconvenientes de la escritura como soporte de la memoria (*Fedro*, 274c). Los editores de Leiden más famosos fueron los Elzevir. Sobre la mnemónica, su tradición y proyecciones, v. Frances A. Yates, *The Art of Memory*, London, Routledge & Kegan Paul, 1966; trad. española de I. Gómez de Liaño: *El arte de la memoria*, Madrid, Taurus, 1974.

mejores y más depurados son los espíritus, y cuanto mejores y más libres de estorbo están los órganos del sentido interno, tanto más suelto y fácil será el parto intelectual. Los ángeles buenos tienen este cometido como propio. En cambio, estos demonios malignos prefieren ensombrecer las mentes de los humanos espesando los humores, y haciendo los espíritus más escasos, débiles e impuros. Además, propinan a sus víctimas drogas nocivas con las que desvían la mente humana, como no es raro que lo hagan por sí mismos con los posesos¹¹. También seducen con sugerencias torcidas, y persuasiones varias sin fundamento: unas veces haciendo que se tenga por ilícito lo que realmente es lícito; o por pecado grave el que no pasa de leve, a fin de atormentar con tales escrúpulos. Otras veces aleccionan ser justo lo que va contra ley y derecho; o insinúan ser despreciable y liviano lo que es mortal y muy temible, volviendo así las conciencias laxas y licenciosas.

Preguntarás acaso: *¿Entonces puede el demonio enseñar algunas artes y ciencias?* No cabe la menor duda, si él lo desea y Dios le deja. Puede hacerlo ciertamente expresando de palabra su pensamiento, no sólo apareciéndose y hablando a los hombres en forma visible —lo que no niega Santo Tomás¹²—, sino también ilustrando el entendimiento mediante locución y sugestión interna. No veo razón alguna para quitarle al demonio este tipo de iluminación si va con mal fin, cuando tal conocimiento no se refiere a Dios, ni se realiza mediante purgación auténtica de la mente. Que deba denominarse iluminación, o ilusión, o con otro término, como por ejemplo, manifestación desnuda de la verdad, será cuestión de nombre.

En la vida de San Norberto, el santo hizo de pronto a un ignorante entendidísimo en Sagrada Escritura¹³. Hoy sabemos de muchos anabaptistas que se alimentan y beben de la Sagrada Escritura, aprendiéndose de memoria gran parte de ella, a saber, la que admiten y se les antoja a pelo para apuntalar sus errores. ¿Quién se lo enseña, sino el diablo? Lo mismo dejó escrito Juan Niderio sobre la iniciación de las lamias, y cita la confesión de una de ellas:

«Acechamos a los niños sin bautizar, aunque también a los bautizados, sobre todo si no van protegidos con la señal de la cruz y con oraciones. Con nuestros ritos, los matamos en la cuna o cuando duermen junto a sus padres, creyendo éstos que los ahogaron, o que han muerto por otra causa. Los hurtamos de sus tumbas y los hervimos en una caldera hasta que se desprenden los huesos y la carne se reduce casi toda a caldo más o menos gordo. De la porción más consistente de este material hacemos una untura que sirve para nuestros deseos, artes y transmutaciones. Con lo más líquido

¹¹ Marcos 5: 2-20 (endemoniado misionero); cfr. Lucas 8: 26-37); Mateo 8: 28-34.

¹² *Suma teológica*, II-II, cuest. 96, art. 1.

Del Río toca el tema escabroso del *arte notoria* (saber sin aprender o estudiar), ignorando prácticamente las pretensiones de la magia natural en este sentido, para centrarse en la distinción entre ciencias infusas divina y diabólica.

¹³ Cap. 17; en Surio, 6 de junio. (Se refiere al Santoral de este autor; v. pág. 453).

llenamos un frasco o bota: el que lo bebe, si acompañan unas pocas ceremonias, en seguida se vuelve sabedor y maestro de nuestra secta.»

Es la confesión de una mujer. Sigue luego otra de su marido, conforme con aquella, añadiendo otros ritos de malvada iniciación y promoción al magisterio infernal. Dice así:

«El orden que se sigue es el mismo con que se me sedujo. El aspirante a discípulo tiene primero que entrar con sus maestros en la iglesia un domingo, antes de la consagración del agua bendita. Allí ha de renegar ante ellos de Jesucristo, la fe, el bautismo y la Iglesia católica. Acto seguido rinde homenaje al magistérulo, o maestrillo así es como llaman al demonio, y no por otro nombre. Por último, bebe de la bota susodicha. Al punto siente en su interior cómo concibe la imagen de nuestro arte, y la retiene, junto con los ritos principales de esta secta. Así fuimos seducidos yo y mi mujer, etcétera.»

Este testimonio muestra cómo la doctrina se propina con la bebida. Pero aquel ignorante se engañaba al creer en la formación inmediata de una nueva imagen mental, donde se le mostraba en general todo lo tocante a dicho arte. Ni el demonio podía hacerlo, ni el entendimiento del mago era capaz de un tal conocimiento. En realidad, dichas nociones se le iban sugiriendo mediante sugestión interna sumamente rápida. El mago, al no percibir su celeridad, creía haber aprendido todo junto y de golpe lo que había captado sucesivamente en un intervalo muy corto. Así también puede formar a toda prisa apariencias en el aire, y ofrecerlas a nuestra imaginación para que las contemple de modo que nuestra mente lo abarque todo como con una mirada en un espejo, pareciéndole a uno que recibe una ilustración interior.

Con esta treta la serpiente antigua probó de engañar, aunque en vano, al primer padre de nuestra orden, San Ignacio. Voy a reproducirlo en palabras de Ribadeneyra:¹⁴

«Ni los otros ejercicios pueriles le daban tanta pena como las muchas y grandes consolaciones e ilustraciones que le venían, cuando con más atención se ponía a estudiar. [Habla de sus estudios de Gramática.]

Apenas tomaba el arte de gramática en la mano para decorar las declinaciones de los nombres y conjugaciones de los verbos, cuando embestían con él muchas inteligencias de cosas altísimas, y le atropellaban y turbaban la memoria. De suerte que en lo que estudiaba no podía coger cosa de nuevo, y todo lo que antes había cogido y allegado se le desaparecía y derramaba con la fuerza de la imaginación. Y aunque con todas sus fuerzas

¹⁴ *La vida del Padre Ignacio de Loyola*, l. 1, c. 14. Pedro de Ribadeneyra escribió esta biografía de San Ignacio en doble versión, latina y castellana. Así, por no retraducir la cita, copio del castellano por la edición de Biblioteca de Autores Cristianos (*Historias de la Contrarreforma*, Madrid, 1945, págs. 81-82); es el capítulo 13, no 14).

e industria trabajaba por cerrar la puerta a estos sentimientos cuando venían, y por despedirlos y echarlos de sí cuando habían entrado, no era señor de sí, ni lo podía hacer... Hasta que un día, asombrado de esta novedad tan grande, comenzó a examinarla, y a pensar, y a decir entre sí: *¡Válame Dios, ¿qué es esto? Cuando rezo, cuando me confieso y comulgo, cuando me disciplino, cuando velo..., cuando trato de veras las cosas puramente espirituales y divinas, no tiene mi ánimo tanta lumbre y recreación, ni tan maravillosos sentimientos de Dios; y cuando nos venimos a hacer niños y tratar niñerías, y queremos dejar a Dios por Dios, ¿entonces se nos ofrecen estas visiones? Ya te entiendo, Satanás, ya te entiendo: estos son tus ardides y engaños, etcétera.*»

Viendo el enemigo el ánimo de Ignacio, pronto y ágil por larga experiencia para captar el sentimiento de las cosas celestiales, y previendo que de añadir Ignacio doctrina a la piedad le aguardaba mal mayor, intentó por esta ostentación de doctrina más excelente echarle a perder el trabajo de los rudimentos gramaticales. «Entonces sobre todo (dice Maffei) le brindaba copiosas luces intelectuales, descubriéndole misterios recónditos de la Sagrada Escritura.»¹⁵ Si tal pudo en materia tan santa y con un hombre que brillaba por su fe y caridad para con Dios, ¿cuánto más fácil no le será sugerir a las mentes de los infieles el saber de cosas profanas y falsas?

Crisantio Sardiano, pontífice y mago de tiempos de Juliano el Apóstata, tenía un hijo que, sin poseer el arte métrica, ni ninguna otra parte de la gramática, con sólo volverse al sol pronunciaba oráculos contra los cristianos¹⁶. La misma divinidad tenebrosa (*Numen Summanus*) inspiró a varios pastores de ovejas, haciéndoles poetas de repente; como a Evages, Tínico y otros más. Así también se hizo poeta Anfiarao, y la vieja que aprendió un himno de Píndaro; y Sosípatra, a quien unos demonios íncubos que cohabitaban con ella en figura de viejos empellejados le informaban de cuanto sucedía en otros lugares, y le instruyeron en todas las obras de poetas, filósofos y oradores¹⁷.

¹⁵ P. Maffei, *De vita et moribus Ignatii Loiola...* libri III, l. 1, c. 16 (1.ª edición, Roma, 1585).

¹⁶ Eunapio, sobre Crisantio.

En sus *Vidas de filósofos y sofistas* (comienzos del siglo v), Eunapio dedica esta parte final de la obra a su maestro Crisantio de Sardes con gratitud y afecto, como que «él fue la causa de este escrito». Crisantio, filósofo neopitagórico (no *pontífice*, aunque tuviese sus ribetes de mago), llamó Edesio, como su maestro, a este hijo suyo, al que Eunapio pinta tan devoto como el padre. En ninguna parte dice que el chico fuese un zote, sino todo lo contrario, «en los estudios aplicado y muy agudo». Su familiaridad con lo divino le permitía, nada más calarse la corona y ponerse cara al sol, improvisar oráculos bien cortados y verídicos, pero no contra los cristianos precisamente. (*Philostratus & Eunapius: The Lives of the Sophists*, The Loeb Classical Library, London/Cambridge Mass., 1952, pág. 538.)

¹⁷ Según Suidas [*Evages*]; según Sócrates, de Platón [Tínico]; Pausanias, en *Corinto* [Anfiarao]; el mismo en *Beocia* [la anciana pindarista]; Eunapio en *Edesio* [sobre Sosípatra]. El autor ensarta alusiones, no todas fáciles de comprobar. Ante todo, Summanus era la divinidad del relámpago nocturno (*fulgur Summanum*), como Jove lo era del diurno (*fulgur Diurnum*), aunque también aparece la fusión Júpiter Sumano. PW, *Reallexikon*, s. v. *Summanus*; Roscher, *Ausführ-*

[Así es como este mico imitador de la divinidad trata de hacer también él sus *theodidaktous*. Sin embargo, la ciencia que él infunde se suele reconocer casi siempre porque no es permanente, ni puede el hombre usar de ella cuando y como le acomoda, sino sólo a la manera del inspirado o extático, en lugares, ocasiones y circunstancias concretas. En cambio, la que infunde Dios siempre y en todo lugar está disponible, como se ve por Salomón, los Apóstoles, Beseleel¹⁸, o aquel otro individuo del que hace mención San Jeró-

liches Lexikon der Griechischen und Rmischen Mythologie, Leipzig, Teubner, t. 4: 1600-1601.

La referencia a Evages no es de Suda, sino de Esteban de Bizancio (646, 3; PW, s. v. *Euages*), quien menciona a Evages de Hidrea como comediógrafo, «de quien dice Dionisio en el libro 23 de su *Historia de la Música*:

«Evages era un pastor analfabeto notorio y absolutamente inculto, aunque buen poeta de comedias.»

Tínico (Tynnichus, no Thynicus, como transcribe Del Río) es mencionado en el *Ión*: ensayo sobre la Iliada, en que dialogan Sócrates y el titular del diálogo (Platón, 534d, 5). Sócrates trata de la inspiración en general, pero sobre todo, la de los vates o poetas:

«Para eso el dios arrebató las mentes de éstos, utilizándolos como a servidores en la recitación de oráculos y en los divinos vaticinios: para que nosotros, los oyentes, sepamos que no son ellos los que tales cosas dicen, aunque tienen su mérito, pues no les acompaña la mente, sino que el propio dios es quien habla, y ellos son meros intermediarios sonoros para con nosotros. El mejor comprobante de lo dicho fue Tínnico de Calcis, que no compuso ningún otro poema digno de memoria, sino su peán que todo el mundo entona, el más bello de los cantares con diferencia: hecho sin arte aprendido, como él mismo dice, un hallazgo de las Musas.»

(Platonis *Dialogi...* ex recognit. Car. Frider. Hermanni, vol 3, edit. stereot., Lypsiæ, Teubner, 1919, pág. 428.)

De Anfiarao habla reiteradamente Pausanias, por tratarse de un oráculo mayor. La que podríamos llamar *vocación* del profeta se relata en *Descripción de Grecia*, 2, 13, 7:

«Detrás de la Plaza Mayor se encuentra la casa que dicen *del Adivino*. Los flisios dicen que en ella entró Anfiarao a dormir una noche, y así de pronto empezó a vaticinar. Hasta entonces, a decir de ellos, era un desconocido (*idiótes*) sin dotes mánticas. Desde entonces la casa permanece siempre cerrada.»

Píndaro en su vejez recibió en sueños la visita de Perséfone, la diosa infernal, quejosa de ser la única no cantada por él, avisándole que supliera la falta. Pocos días después moría el poeta. Este, a su vez, se apareció en sueños a una anciana parienta suya, buena recitadora de casi toda su obra, y le cantó la *Oda a Perséfone*, que ella al despertar puso por escrito (*Ibid.*, 9, 23, 3-4).

De la filósofa Sosípatra habla Eunapio, o. cit., 466 ss.; ed. cit. pág. 398 ss.), lógicamente no en relación con Edesio, sino con el marido de ella, el también filósofo Eustacio, «al que dejó chiquito por la superioridad de su saber», adquirido en circunstancias en verdad un algo extrañas. Dos desconocidos («tal vez héroes, o démones, o de naturaleza más divina»), que se atribuían poderes superiores se ofrecieron a tutelarla desde los cinco a los diez años, y la primera demostración de sus adelantos fue una adivinación; pero Eunapio insiste en que nadie supo jamás ni quiénes eran aquellos preceptores, ni en qué consistía su método pedagógico, que para Del Río está más que claro.

Lo que sigue, hasta el párrafo 6), es un largo aditamento en relación con la ciencia infusa y el arte notoria, que falta en la edición primera.

¹⁸ 1 Reyes 3: 4-15; Actos 2; Exodo 35: 30-35.

nimo¹⁹, o el Abad Joaquín, que siendo portero iletrado e ignorante, se le apareció un ángel a ofrecerle vino, y apenas lo bebió se convirtió de pronto no sólo en profeta, sino en disputador sutil y teólogo erudito, como cuenta Laónico Calcóndilas²⁰.

Ahora bien, conviene distinguir entre *theodidaktói* y *autodidaktói*. Estos últimos adquieren sus saberes no por infusión, sino por su trabajo. Así es como aprendió San Agustín la Dialéctica, y San Atanasio la Teología, a decir de Nicéforo²¹. En cambio, los casos referidos anteriormente son de doctrina recibida del diablo.

[Este año de 1600, en el mes de marzo, en Toledo, en virtud de sentencia dada por los Inquisidores de la fe, fueron quemados junto con una estatua los huesos de un tal Román Ramírez, muerto en la cárcel donde cumplía condena. Se le imputaba, entre otras cosas, haber recibido del dominio pericia médica. Pero dado que en este facineroso concurrieron muchas cosas de magia, no me parece mal traducir de buena fe del español al latín la acusación fiscal.²²

Tras referir que en una primera acusación había abjurado del error mahometano, añade que fue relapso (como aquella hez humana tiene por cos-

¹⁹ «Epístola 4 ad Domnionen, l. 2.» La carta a Domnión es la 50 en PL 22: 512-516. Es una de las mejores de Jerónimo, maestro de humanistas, y trata de cierto monje joven que en círculos de señoras *bien* le atacaba verbalmente por sus libros *Contra Joviniano* (sobre el celibato y el matrimonio), pero sin publicar nada. Mas no insinúa Jerónimo que aquél fuese ningún sabio, y menos por arte diabólica; sólo dice: «también yo perdono la equivocación de este hermano, entendiendo que se ha dejado engañar por arte del diablo» (n. 5, col. 516).

²⁰ Calchondylas (sic), *De rebus Turcarum*, l. 6.

Laónico Calcocóndilas (Chalcocondylas), abreviado Calcóndilas, fue historiador bizantino n. en Atenas y m. h. 1464. La obra sobre los turcos es *Demostraciones (apodéxeis) históricas* sobre el origen y gestas de ese pueblo, en 10 libros. Su referencia al abad Joaquín de Fiore viene tras una curiosa descripción del cónclave romano, y el uso de la tumbona o catre (*skimpous*) con agujero —para palpar la masculinidad del papa electo, en evitación de una segunda papisa Juana—.

Este Joaquín era célebre predecidor del destino de los papables, siendo sus aciertos más de admirar por cuanto que era un hombre sin preparación alguna. Siendo portero de su convento, se le apareció en el jardín un individuo apuesto que le ofreció una jarra de vino. Bebió el monje hasta sentirse saciado. «Joaquín —dijo el aparecido—, si hubieses apurado la jarra, tu saber sería consumado.» Aun así, se convirtió en gran dialéctico, y sus pronósticos más parecían adivinaciones (*Laonici Chalcondylae Atheniensis Historiarum libri X, ex recogn. I. Bekker, Bonnae, Weber, 1843, págs. 304-305; en B.G. Niebuhr, Corpus Script. Hist. Byzant.*).

²¹ San Agustín, *Confesiones* 4, 16, 28; Nicéforo, *Historia*, l. 8, c. 44.

San Agustín dice de sí mismo que leyó y entendió sin maestro las *Categorías*, reputadas difíciles, aunque hoy no lo parecen tanto.

Nicéforo Calisto (PG 146: 173) llama a Atanasio *autodidacta*, pero sólo en lo tocante al ceremonial del culto divino. Y lo confirma con una anécdota. Cierto día el obispo Alejandro vio desde su mirador a unos niños en la playa jugando a misas y a elección de obispo, bajo la dirección del pequeño Atanasio, que incluso administró algunos bautismos. Tan a lo vivo fue todo, que estos sacramentos se dieron por válidos.

²² Obviamente, lo que sigue no figuraba en la 1.ª edición. La historia del morisco Román Ramírez, que aquí se cita a propósito de *arte notoria* por pacto diabólico, se ha hecho clásica en buena parte gracias a esta versión del padre Martín Del Río. V. la Introducción, págs. 89 y sigs., y las referencias, en especial J. Caro Baroja en *Vidas mágicas e Inquisición*, t. 2, págs. 309 y sigs.

tumbre) y tornó al vómito. Guardaba los ritos y ceremonias de Mahoma: durante muchos años estuvo observando el gran ayuno que dicen *del romadán* (sic), empezando por el *guadoc* y la *zala*, tomando un baño y vistiéndose de ropa limpia, recitando las *azoras* (esto es, preces) de dicha secta, de cara a la *alquibla* (que es el sol nascente), alzando y bajando la cabeza e inclinándose todo hasta el suelo, con las palmas hacia el cielo mientras repetía *Alaquevar* (Dios es grande). Y levantándose antes del alba para celebrar el ayuno *zahor*, cumplido éste guardaba y celebraba solemnemente la pascua del mismo *romadán* durante tres días, absteniéndose de todo trabajo y obra servil, máxime el primer día; poniéndose ropa limpia y ejecutando los dichos *guadoc* y *zala*, con otros muchos ritos y ceremonias del mahometismo²³.

Sumando delito al delito y culpa a la culpa, muchos años antes, con intención perversa, había celebrado pacto expreso con el demonio, con adoración de él, rindiéndole pleitesía y entregándole el alma, a condición de que el demonio le asistiese con su favor, ayuda y consejo siempre que lo necesitase y pidiese. En particular pidió y obtuvo del demonio el conocimiento y pericia de curar muchas enfermedades escondidas y secretas por medio de hierbas, sahumeros y fórmulas supersticiosas, con que de hecho devolvió la salud a no pocos.

Item, pretendía ser hombre de muchas letras, y muy versado en las historias así sagradas como profanas, y de muy valiente memoria, siendo así que no sabía ni leer ni escribir. Por tal razón, tenía de oficio lucrativo recitar ante otros las dichas historias al pie de la letra, ni más ni menos que si estuviese leyéndolas en un libro abierto, lo cual obraba con ayuda del demonio. De ese modo recibió de sus oyentes cantidad no poca de dinero.

Preguntóle uno una vez cómo había conseguido una memoria tan feliz. Respondió que un muy allegado suyo, entendidísimo en la naturaleza y propiedades de las hierbas, el cual tenía consigo un demonio familiar, le había dado cierta bebida.

Este mismo, en cierta ocasión que quiso ir a Zaragoza, distante quince leguas, hizo la conjuración que llaman *de bon y varón*. Al punto se les apareció un caballo que les llevó en un instante hasta las puertas de la ciudad. Allí dejaron el caballo, no sin antes quitarle el freno, y fueron a atender los

²³ Sobre terminología ritual morisca v. el documento recogido por Boronat y Barrachina, en *Los moriscos españoles y su expulsión*, Valencia, 1901, t. 1, págs. 508-513; copiado por Mercedes García Arenal, *Los moriscos*, Madrid, Editora Nacional, 1975, págs. 89-96; Inquisición y moriscos: Los procesos del tribunal de Cuenca, Madrid, 1978; *Edicto de fe*. documento de mediados del siglo xvi, editado por Miguel Jiménez Monteserín, *Introducción a la Inquisición Española. Documentos básicos para el estudio del Santo Oficio*, Madrid, Editora Nacional, 1980, págs. 503 y sigs. (*Secta de Mahoma*, págs. 511-514). *Guadoc* (*wudu*) es la purificación menor o ablución que precede a toda *zala* (*salat*), u oración, en que se recitan *azoras* (*surat*), no *preces* sino capítulos coránicos, de cara a la *alquibla* (*al-qiblah*), lo que tiene delante el que ora, o sea la Meca —más o menos *el sol nascente*, pero sólo para los magrebieos u occidentales—. *Alaquebar* (*Allahu akbar*) es la confesión «Dios grande». *Zahor* (*sahur*) no es ayuno, sino lo contrario, desayuno que cierra cada noche del ramadán.

negocios que les habían llevado allá. De regreso a la puerta, volvieron a poner el freno al caballo que en breve espacio les devolvió a casa²⁴.

Item, una mujer yéndose a acostar muy enojada (esto fue en el lugar de Deza), se encomendó al demonio, y alguien tuvo que llevársela porque desapareció de repente. El marido acudió a Ramírez en busca de remedio. Díjole que no perdiese ánimo, que él se la devolvería. Al mismo tiempo le dio una carta, mandándole trasladarse a un determinado lugar entre viñedos, donde trazaría un círculo, poniéndose él en medio. Díjole más, que en oyendo pasar a un muchedumbre de gente, aunque no viese a nadie, preguntase: *¿Dónde está el rey?* Si le respondían que por allí pasaba, debía arrojar la carta al suelo delante de sí. Así lo hizo él, y recobró a su mujer, aunque no llegó a ver quién o cómo se la devolvía.

Item, añadió el fiscal procurador que solía pronunciar muchos y grandes secretos, acaecidos en lugares muy alejados, los cuales era imposible que los supiera al tiempo de declararlos, si no era en virtud de pacto con el demonio.

En cierta ocasión (añade) al salir de casa dijo que vendría cierto peregrino en su busca a pedirle que fuese a librar a una hija suya poseída del demonio; encargando que le llamasen en seguida. Fuese, vino el otro, llaman a Ramírez. El comportamiento de éste en la cura de la enfermedad puso de manifiesto que por su propio maleficio había entrado antes el demonio en la enferma. En efecto, el primer día de su boda la pobrecilla tuvo un flujo de sangre con desmayo y aprieto cordial. A esto sucedió un periodo de frecuentes lipotimias, y tomó aborrecimiento de sus padres y de su marido, a quien no quería ni ver, ni sufría dormir en su compañía.

Temiendo no estuviese poseída, llama a un sacerdote que durante dieciocho días estuvo tratando de lanzar al molesto huésped con los exorcismos y remedios que acostumbra la Iglesia Católica. Al fin, uno de los demonios explica que eran ciento y uno los demonios introducidos en el cuerpo de aquella mujer, pero que en aquel momento se encontraba él solo, estando los demás fuera. El sacerdote insistió en los exorcismos usuales del Ritual, y al intimarle que dijese a dónde habían ido los demás, respondió que a Deza, a reunirse con el dicho Román Ramírez para preguntarle qué quería que hicieran; añadiendo que no se irían sin su licencia. En este punto se agudizó el padecimiento de la infeliz, que estuvo sin sentido todo el día. El sacerdote ordenó al demonio que no molestara más a aquella mujer, y que la dejara vivir con su marido como cuadra a una esposa, devolviéndole además una prenda de valor que le había quitado. Respondió que obedecía a Román; y aunque tenía la prenda, no estaba en su mano devolverla.

Más tarde los padres, movidos por las palabras del demonio, llamaron a Román Ramírez para que les curase a la hija. Apenas hubo entrado en la casa, comenzó la mujer a decir y hacer cosas dignas de admiración. Decía a voces saber que había venido, pero no a qué. Al acercársele él, volvió a

²⁴ La versión de Del Río supone que esto sólo sucedió una vez.

desmayarse, y con la boca torcida estuvo tres días sin comer ni beber, sin fuerzas para pasar cosa de sustancia. En vista de ello, el mago la sometió a intensa fumigación de suelas de calzado, aceite de enebro y otras cosas, despertándola de su deliquio. Y apostrofando al obsesor, le repetía:

—Déjala, déjala. Vete, huye, si no quieres que repita la fumigación.

Como el demonio se negaba a responder, mandó salir a todos del cuarto nupcial, y pensando que nadie le oía, empezó a quejarse y suplicar al demonio:

—¿Cómo es que no me respondes? A fe que mi abuelo se codeó con gente más baja. ¿Qué hice mal, para que no me dirijáis la palabra? ¿Es que no basta haberme entregado a ti tanto tiempo? Ea, pues: adormece a esta mujer, no vaya a escucharnos.

En éstas estaban, cuando se presenta otro demonio.

—Bienvenido seas —le dijo el reo—. ¿Cómo va eso? ¿Qué tal mi mujer y mis hijos?

—El uno enfermó, pero fuera de peligro. Peor está tu mujer, aunque algo mejorada. Tu sobrínico sigue mal y no sale de peligro.

Saca entonces Ramírez a colación, sabiendo como sabían cuán fiel y de antiguo les venía sirviendo, y lo muy obligado que les estaba; como tampoco se les ocultaba que le apretaba una deuda de 200 reales del alquiler de un huerto; justo era que le devolviesen favor, desalojando el cuerpo de la posesa siquiera por espacio de quince días, dejándola entre tanto sana y salva. Así podría él cobrar buenos honorarios, con el consiguiente aumento de fama y honra, que no poco malparadas quedarían si ellos no se iban. Que luego ya podrían volver a ocuparla y poseerla a su albedrío. Al cabo el demonio le prometió que así lo haría, tal como se lo mandaba.

Ramírez se percata de que otros han escuchado la conversación. Viéndose cogido, se hace el poderoso sobre los demonios y, fuera de sí, le emplaza con que le ha de poner al cepo, para que se acuerde de quién es él y no vuelva a atrevérsele.

Echa al demonio. Pero como los padres de la mujer no le pagaban honorarios lo bastante generosos, les amenaza con que pronto echarían de menos sus servicios. Acto seguido, traspasa la suerte del maleficio al marido de la mujer liberada, ordenando a los demonios que pasen a él y le molesten. Así lo hicieron, y un día entero le atormentaron cruelmente con mil espantajos imaginarios y tentaciones de desesperación.

En vista de ello, vuelven a llamarle. Acude y dícele:

—Maño, menuda agarrada que has tenido con el demonio.

Y aplicando los sahumeros lanzó a los demonios y él mismo se fue de la ciudad, descontento de los menguados honorarios.

Una vez ido, se encuentran los padres con que su hija, lejos de estar curada, va de mal en peor. Escriben, pues, al mismo mago, acompañando la carta de no poco dinero, prometiendo más si la dejaba curada. Pero él no se molestó en acudir, sino que entregó al correo materiales para nueva fumiga-

ción, así como la descripción del rito que debían emplear, añadiendo que a vuelta de correo la muchacha habría experimentado ligera mejoría y estaría brincando con sus compañeras. Como en efecto sucedió.

Empero, como la mujer seguía negándose a acostarse con su marido, la fumigó con la fórmula prescrita, a saber: *Salid, demonios, de esta mujer, porque lo manda Román. Si no, le llamaré, vendrá y os echará por la fuerza, pues así me lo prometió.* A este conjuro la mujer rompió a gritar, hasta que se curó y quedó libre del demonio, e hizo vida marital ordinaria.

Así rezan los referidos autos judiciales.]

6.º Por lo que toca a la voluntad, el poderío de la magia y del demonio es mucho más restringido. No pueden mover la voluntad si no es mediante algún objeto que se proponga externamente como aborrecible o amable, o excitando visiones imaginarias y pensamientos, o atrayendo e inclinando la voluntad mediante pasiones encendidas en la parte sensitiva. Cuanto más vehementes, con mayor rudeza la inclinan, y alguna vez hasta parecen robarla, mas nunca llegan a imponerse a ella.

Quienes admiten cualquier tipo de necesidad o coacción de pecar, mandan a paseo el libre albedrío: cosa inadmisibles incluso en aquellos que se encuentran enredados en pecados mortales. Dejarían de ser hombres, si lo perdiesen. Aunque desasistidos de la gracia gratificante, no por ello se ven privados de la natural libertad de albedrío, ni tampoco de la ayuda común de Dios. En cuyo caso, ¿de dónde el tener que pecar? No se comete pecado, si no es por libre consentimiento; el cual presupone libre albedrío. De ahí que, si Dios no lo impide, puede el diablo empujar a algún acto o intención tal que, por su naturaleza, de acompañar consentimiento libre, fuese pecado. Pero lo que es necesidad de pecar, nunca puede imponerla a la voluntad, o lo que es lo mismo, no puede arrancar consentimiento forzado.²⁵

Tampoco deja Dios que el diablo tentador se aplique a fondo. Hace que les tiente, no cuanto aquél podría, sino cuanto soporta la flaqueza humana. Nunca la deja desasistida de ayuda suficiente, ni tan siquiera en los pecadores más contumaces, que siempre tienen en común con los justos lo que el Apóstol, para gran solaz del alma, escribe a los de Corinto —no sólo a los buenos, sino a toda la iglesia, donde había mucho malo y mucho justo—: *De fiar es Dios, que no sufrirá se os tiente más de lo que podáis, antes bien traerá junto con la tentación el provecho [según la capacidad y disposición de la persona tentada], para que podáis aguantar* (1 Corintios 10: 13). Tal fidelidad presupone e implica el mantenimiento de la fuerza del libre albedrío y del auxilio divino común y suficiente —a éste entendió Teodoreto que se referían esas palabras—. Gracias a la seguridad de esa conservación logra la humana flaqueza no sólo salir bien parada de la tentación del demonio (así explican Agustín y Jerónimo

²⁵ «Sto. Tomás, I-II, cuest. 80, art. 3; y lo confirma con elegancia Cirilo, *Catequesis*, 4.»

Esta *Catequesis* de Cirilo de Jerusalén se titula *De los diez dogmas*, y la confirmación elegante se refiere al *dogma VIII: El alma* (caps. 16 ss., y en especial 21; PG 33: 481).

*poiései ten ékbasin*²⁶), sino además que, pasado el peligro y reforzados para en lo sucesivo aguantarlo, en lugar del perjuicio que temíamos, saquemos encima de la tentación ganancia, como muy bien lo expuso Focio, y muy bien lo traduce el nuestro, así ladren a su gusto los novadores: porque *ekbáinein* significa pasar adelante. Véase el excelente comentario de este mismo lugar que hace Beda sobre distintos lugares de San Agustín. Pues si los pecadores, fiados en esta ayuda, pueden evitar todo pecado mortal, si sucumben a esta tentación pudiendo no haber consentido en ella habrá que decir que sucumben voluntariamente, no coaccionados ni apremiados por necesidad, pues en eso no se ve ninguna.

¿Podrá a lo menos el demonio impedir a una bruja que se arrepienta? Por no saber Teología, Nicolás Remigio se muestra fluctuante y ambiguo en este punto²⁷.

Digamos que igual que pudo inducir al pecado, así también puede fomentar y nutrir el empecinamiento en el pecado, por medio de sugerencias, malos consejos y otras tentaciones. Pero nunca puede absolutamente impedir el demonio que cualesquiera pecadores, por grandes que sean, ni las propias brujas, se arrepientan y renuncien al pacto que firmaron con él. Podrán, pues, arrepentirse, por más fuerza que haga en contrario el demonio, siempre que lo deseen de veras, con el favor de aquel auxilio especial; que sin éste, no podrían. Y es que, si no fuese así, más poderoso sería el diablo para retener que Dios para recuperar, y eso es una blasfemia. Esta sentencia común a los teólogos católicos la prueba Andrés Vega²⁸.

[Y para ilustrar con algún ejemplo hasta dónde suele alguna vez llegar el empeño del diablo por someter la voluntad —no del todo sino casi, no en verdad sino en apariencia—, voy a traer para consuelo de tentados unas palabras de la Beata Angela de Foligno, con que describe sus experiencias:

«Los mismos demonios me hacen sufrir casi sin descanso tormentos y pasiones del alma, más numerosas y acerbos sin comparación que las del cuerpo. No se me ocurre otro símil que el de un hombre colgado en una

²⁶ San Agustín, *Sobre el Salmo 61 y Epístola 89*, San Jerónimo, *Sobre San Juan*.

²⁷ *Demonolatría*, l. 3, c. 8.

Remi, que no era teólogo, renuncia expresamente a una valoración teológica del libre albedrío de las brujas, remitiéndose a *hechos* de su experiencia personal como jurista, o mejor como inquisidor (ed. cit., págs. 358-362). Véase su testimonio en la *Introducción*, pág. 66.

²⁸ *De la justificación*, cuest. 11.

Aquí terminaba el capítulo o sección en la edición primera.

Andrés de Vega, franciscano segoviano del siglo xvi, uno de los teólogos de Carlos V en el Concilio de Trento, escribió dos obras con este título, *De iustificatione*: un opúsculo en 15 cuestiones, que es el que aquí se cita (cuestión 11: *Necesidad de la gracia para la penitencia*); y un tratado más extenso en 15 libros *De iustificatione doctrina universa*. Uso la 1.ª edición del opúsculo (Venetiis, exp. Haeredum Lucae Antonii Iuntae, 1546, en 4.ª, págs. 239-258), así como la gran edición de Colonia, Gervinio Calenio, 1572, que recoge ambas obras. Vega fue rival de Domingo Soto, O.P., y muy apreciado por los jesuitas. La edición colonense está prologada por Pedro Canisio.

galería, con las manos atadas a la espalda, vendados los ojos, y él ahorcado, pero vivo, sin ayuda, ni remedio, ni apoyo. Pues digo que todavía más desesperada y cruelmente me veo atormentada por los demonios. Así veo que los demonios me ahorcan el alma; y así como el ahorcado no tiene donde apoyarse, así parece que al alma no le queda apoyo alguno, y todas las virtudes del alma se trastornan a ciencia y conciencia del alma mía. Y cuando ella ve que se le trastornan todas las virtudes, y la abandonan sin poder hacer nada por impedirlo, es tanto el dolor de mi alma, que unas veces casi ni puedo llorar, de tan desesperado dolor y enfado, pero otras veces lloro sin remedio, y algunas me toma tal enojo que no puedo contenerme, y me arañó toda, y otras me doy de golpes, hasta hacerme chichones en la cabeza y otros miembros. Y cuando el alma ve que decaen y desaparecen todas las virtudes, se echa a llorar y me pongo a gritar ¡Dios mío!

También sufro otro tormento. Y es que todos los vicios se han reavivado en mí, y a veces se despiertan. No llegan a someter mi razón por mucho tiempo, pero me causan gran sufrimiento. Incluso vicios que nunca existieron en mi cuerpo vienen a mí, se inflaman y me acarrearán gran sufrimiento. Pero no viven mucho, y cada vez que mueren me dan gran consuelo.

Me veo entregada a multitud de demonios, los cuales hacen revivir los vicios que aborrecí y que ya murieron, y añaden otros que nunca tuve. Pero acordándome de que Dios aquí en la tierra se vio afligido, despreciado y pobre, desearía si ha lugar que todos mis males se doblasen.

A veces me hallo en oscuridad muy horrorosa de demonios, donde parece que falta toda esperanza de bien. Dicha oscuridad es horrible, pues despierta en el cuerpo vicios que sé que están muertos dentro de mi alma. Pero los demonios los despiertan fuera del alma, incluso aquellos vicios que nunca existieron.

Corporalmente padezco por lo menos en tres partes. En mis partes vergonzosas tengo tanto fuego que, para apagar el de la concupiscencia, solía aplicar fuego material, hasta que mi confesor me lo prohibió.

Cuando me hallo en aquella oscuridad, creo que preferiría asarme que sufrir lo que acabo de explicar. De hecho, en tales ocasiones llamo e invoco a la muerte, si de alguna manera me la concediese Dios, y entonces le digo:

—Señor, si has de echarme al infierno, hazlo pronto, no lo demores. Puesto que me has abandonado, acaba y húndeme en lo profundo.

Entonces entiendo que es obra de los demonios, y que aquellos vicios no viven en mi alma, pues ésta nunca consiente en ellos, sino que el cuerpo padece violencia. Y es tan grande el dolor y hastío, que si durase, el cuerpo no lo aguantaría. Por su parte, el alma ve que ha perdido todo su aguante, y aunque no consiente en los pecados, tampoco está en su mano oponerles resistencia²⁹, y al entender que son contra Dios, esa es su caída, y se ve atormentada en ellos.

Un vicio ha permitido Dios que me sobrevenga, y que nunca tuve. Tengo por cierto que es por permisión divina, y es tan grande que supera

²⁹ «De tal modo que eche fuera hasta la misma sugestión, ya que en su mano está no prestar consentimiento» (M. del R.).

a todos los otros. Pero también me asiste una virtud que Dios me da ostensiblemente contra aquel vicio, y Dios me libra por ella virtuosamente. Y aunque no tuviese yo fe cierta en Dios, sólo por eso, y no por otra cosa, me quedaría fe cierta, y esperanza cierta y segura, de la que no podría dudar.

La virtud siempre gana, y el vicio pierde. Aquélla me sostiene, y no me deja caer en el vicio. Es una virtud tan fuerte que no sólo me sostiene en mí, sino que me confirma en la virtud, de manera que por ahí conozco en verdad a Dios, y me veo alumbrada y confirmada en grado tal, que el mundo entero, ni todos los demonios del infierno, ni ninguna otra cosa, podría moverme al más leve de los pecados³⁰. Con esta virtud persevera en mí la confianza en Dios.

En cuanto al vicio, es tan grande que me avergüenzo de declararlo. Cuando dicha virtud se me eclipsa, como si me hubiese abandonado, no hay nada que se le resista, ni por vergüenza ni por castigo alguno, de modo que pronto caería en el pecado. Pero entonces me acude aquella virtud, y me libra virtuosamente, de modo que aunque quisiese yo misma no podría pecar ni por todos los bienes o males de este mundo.

Estos trabajos padecí durante dos años o más.»

Hasta aquí el poco latino traductor de la Beata Angela³¹. En sus palabras se distinguen tres grados de esta tentación diabólica tan grave y molesta, como también la eficacia de la gracia divina que no abandona al hombre. Nunca la voluntad se ve abolida positivamente por el diablo, por más que se debilite la capacidad de resistir, hasta parecer que sucumbe. Pero no sucumbe, porque puede el hombre, con la gracia de Dios, no consentir.

En fin, ves el provecho que San Pablo prometía junto con la tentación. La anterior cita valga de comentario práctico a las palabras del Apóstol.]

³⁰ «Entiéndase, mientras dure y ayude aquella gracia» (M. del R.).

Estas prevenciones reflejan el trasfondo de la polémica sobre predestinación, gracia y libertad, que enfrentó a jesuitas y dominicos (v. pág. 114).

³¹ *Vida*, c. 19.

Tras el documento estremecedor que acaba de ofrecerse, este comentario estilístico («interpretum latinum Beatae Angelae») suena un tanto frívolo y refleja una peculiar idiosincrasia.

Angela (o Lela) de Foligno fue una mística franciscana terciaria de la segunda mitad del siglo XIII (h. 1248-1309) y está reconocida como beata, aunque sin proceso canónico. De casada llevó una vida algo ligera; pero en 1285, es decir, en edad relativamente tardía, experimentó una *conversión*, y se puso bajo la dirección del franciscano Arnaldo de Foligno, pariente suyo, que de hecho vino a ser su secretario. En el entorno de Angela se movió el célebre Ubertino de Casale, que la exalta en el prólogo de su *Arbor vitae crucifixae Jesu*, y ella ejerció cierto arbitraje en las diferencias de la orden seráfica, con manifiesta inclinación hacia los *espirituales*. Las experiencias transcritas por fray Arnaldo (1292) parten de una crisis emocional de Angela con ocasión de una visita a Asís, y para someterlas al dictamen de teólogos él mismo las puso en latín, vertiendo literalmente para mayor fidelidad las expresiones de la religiosa. Sobre esta *Magistra theologorum* v. Fausta Casoli en *Enciclopedia Cattolica*, Firenze, Sansoni, t. 1, 1948: 1229-1230).